

Anónimo



*Vida del ilustrisimo señor
Jerónimo Miani
noble veneciano*

Anónimo

*Vida del ilustrísimo señor
Jerónimo Miani
noble veneciano*



ÍNDICE

Introducción	pag. 3
1.– Orar es dirigirse a Dios	
desde cualquier situación de la vida	pag. 5
2.– Orar es dar gracias a Dios	pag. 7
3.– Orar es hacer un camino de conversión	pag. 8
4.– Orar es comprometerse con los demás	pag. 10
5.– Orar es edificar la Iglesia	pag. 12
6.– Orar siempre, incluso por la calle.	pag. 14
7.– Orar es tender la mano a Dios	
en actitud suplicante	pag. 16
8.– La oración callada del corazón que ama	pag. 19
9.– Cuando orar ya no es más	
que contemplar con amor.	pag. 22

Vida del ilustrísimo señor Jerónimo Miani noble veneciano

I – Reflexión introductoria: beneficios de Dios, don de la comunicación literaria y propósito del autor al escribir la biografía de Miani

1

¹ Dios nuestro Señor ha obsequiado generosamente a la humanidad con numerosos beneficios. Pero, tanto su función de ser ornato para el hombre y proveer a sus necesidades, como su magnitud, grandeza y extraordinaria bondad, sólo pueden ser apreciados por quienes poseen una límpida mirada de fe. ² Con la visión del alma llegan a penetrar el abismo de la bondad divina y a entrever la inmensidad de Dios, no sólo como todopoderoso creador y dador de todo bien, sino también como dulcísimo y amorosísimo Padre. ³ Éste ama de tal manera a las personas que, casi como si se olvidase de su sublime naturaleza, ha mostrado con un amor desbordante y pruebas infinitas de su inefable bondad que todo lo ha predispuesto para el ser humano, la más noble de sus criaturas, o mejor aún, su amadísimo hijo.

⁴ No me detendré a considerar el grandioso acontecimiento [de la Redención], prueba de una indecible clemencia, cuya meditación nos llena no sólo de estupor, sino también de horror y compasión.

⁵ Deseo, en cambio, tomar en consideración uno de los dones más pequeños de su Divina Majestad; pero de tal importancia que, sin él, se apagaría la memoria humana, se borraría el recuerdo de tantos descubrimientos y sería

imposible cualquier intercambio entre los mortales. ⁶ Me refiero a la invención de la comunicación literaria, gracias a la cual casi siempre se logra que se mantenga viva la realidad, que lo lejano parezca cercano, y lo escondido en los pliegues más secretos del alma se vuelva evidente y claro. La comunicación custodia los acontecimientos del pasado, informa los del presente y nos prepara para lo que está por venir. Y tiene muchísimas ventajas, una de ellas –y no pequeña–, la de poder conocer la narración de la vida de otras personas, para que nos ayuden a orientar nuestras acciones de manera prudente y sabia.

⁷ Nuestro benignísimo Dios concedió este don maravilloso e inmortal de la comunicación literaria para utilidad y decoro del ser humano. Así lo hizo con Moisés y con los santos Profetas.

⁸ Por desgracia, hoy día, hay personas cuyo intelecto se ha vuelto miserablemente ciego y depravado por cantidad de locuras –o mejor aún, por su propia maldad–, y se ha corrompido este don, al usarse de un modo deplorable, en detrimento de la propia gente. Y así, este valioso instrumento de vida acabó convertido en una peligrosísima herramienta de muerte.

⁹ De esto se deduce que la literatura, óptima en sí misma, se ha transformado en vehículo de narraciones deshonestas y amoríos innombrables. Y así un autor engaña a la gente con historias triviales y ficticias; otro, con ánimo más feroz que humano, enseña las leyes de la guerra, pinta, con los colores del bien, una acción crudelísima, y trata de convencer a los demás, empeñado en demostrar que, en determinadas circunstancias, un hombre puede matar a otro hombre, legítimamente y sin incurrir en ningún tipo de sanción.

¹⁰ Y también ha habido quienes, engañados primero en su propia conciencia por el diablo, han tratado de enga-

ñar luego, ellos a su vez, a los demás, propagando el culto de falsas deidades; ¡qué digo!, de auténticos demonios; y han inundado el mundo de creencias contrarias, no sólo a la divinidad, sino hasta a la misma naturaleza.

¹¹ Por todo esto, hoy día se derrama sangre humana en guerras crueles, la verdadera honradez se ve ensuciada por un lujo que es afectación y descaro; y la avaricia hace pedazos la caridad recíproca. De esta manera, el mundo, que debería ser lugar donde estrechar relaciones de total humanidad y comportamientos regidos por la templanza y la moderación, se ha convertido en una horrible caverna de crueles y sanguinarias fieras.

2

¹ A pesar de esto, yo, cristiano por la gracia de Dios, hijo de padres cristianos, voy a servirme del hermoso don de la escritura, que me ha sido otorgado, con cristiana liberalidad, para poder ofrecer a las personas cultas la oportunidad y el valor de imitar esta santa empresa. Y me he propuesto asumir este empeño en los siguientes términos.

² En estos días ha sido llamado al cielo por Dios, nuestro Señor, el noble Jerónimo Miani, quien me apreció en vida tanto cuanto yo no era merecedor de ello. A él me ha unido, durante largo tiempo, una sincera amistad. ³ Por eso, he decidido contar la historia de su santa vida y de su santa muerte, primero, a honor de Dios, nuestro Señor; y luego, para brindar a todos un ejemplo digno de ser imitado. Creo, efectivamente, que no procede que yo decline tan dulce y humano tributo, del que le soy deudor de cristiano a cristiano, de amigo a amigo, de Veneciano a Veneciano. ⁴ Y así, los Venecianos, viejos y jóvenes, que creen que basta con el bautismo para hacer del hombre un perfecto cristiano, ante el ejemplo vivo de un con-

ciudadano suyo, de noble alcurnia, podrán a descubrir el verdadero fin de sus obras y con qué empeños y aspiraciones han de transcurrir esta breve y mísera vida.

⁵ Ruego, pues, a esta alma bendita y amiga, que tanto me apreció a lo largo de su existencia terrena, que me ayude con su intercesión, ahora que, como creo, ha sido recibida en el cielo. Y que interceda para que cuanto yo escriba, a gloria de su amado Señor, sea motivo de enmienda para los malos y de mayor perfección para los buenos.

⁶ Y que nuestra liberal República, que no conoció a otro señor más que a Cristo, sea, pues, también ella, conocedora de las actitudes y obras que se requieren para poder llevar el nombre de cristiana, con el cual desea ardientemente ser honrada y que, con toda razón, se atribuye.

II – Patria, familia, carácter, milicia y cuidado de sus sobrinos

3

¹ Jerónimo nació en nuestra ciudad de Venecia. Una ciudad que, por su situación en la laguna adriática, la belleza de sus edificios, la presencia de habitantes procedentes de todas las partes del mundo y su ancestral régimen de libertades, se ha ganado de tal manera –si lo analizamos con criterios mundanos– la admiración general, que no necesita de alabanzas ajenas.

² Pertenece a una nobilísima familia, llamada vulgarmente Casa de los Miani, pero que, a juicio de mucha gente, habría que llamarla de los Emiliani. Éstos, durante la invasión de los Godos y otros pueblos bárbaros, huyeron de Roma con todas sus posesiones y se vinieron a vivir a Venecia, igual que hicieron otras familias. Y aquí el vulgo, que siempre lo entiende todo mal, empezó a llamarles Miani y no Emiliani.

³ Un linaje, el suyo, cuya nobleza está suficientemente acreditada por los numerosos prelados y santos Senadores que tomaron parte en el gobierno de nuestra República y que, a lo largo de la historia, contribuyeron con sus sabios consejos a hacerla ilustre y famosa.

⁴ Jerónimo fue criado y educado por sus padres según la tradición patricia veneciana. Su padre se llamaba Ángel y su madre Dionora, o mejor, Leonor Morosini, cual si un arcano presagio anunciara ya que de un ángel y de Dios creador iba a nacer un santo de nombre sagrado¹. Hermanos mayores suyos fueron Carlos, Lucas y Marcos.

¹ Jerónimo significa, etimológicamente, “nombre sagrado” [ndt]

¹ De carácter alegre, cortés y valiente, tenía muchas amistades, ganadas con su innata cordialidad y benevolencia, y conservadas con su exquisita afabilidad. En conocimientos estaba a la altura de los de su condición, pero el amor que ponía en todo sobrepasaba su ciencia. Bajo de estatura, de piel morena, estaba dotado de un físico vigoroso e inquieto. Quizás un poco irascible, a veces.

² Durante su juventud hubo de vivir tiempos de cambios, a los que supo amoldarse. Me contó que durante la guerra entre nuestra República y la Liga de Cambrai se enroló, por algún tiempo, en caballería, y no supo evitar los defectos de la gente de armas de nuestro tiempo; casi podría aplicársele también a él la expresión de San Pablo: "*Nuestra injusticia alaba la justicia de Dios*". ³ Y no es que la vida militar sea intrínsecamente mala; desgraciadamente, el mal es debido a personas depravadas que lo practican y al mal ejemplo de capitanes, imbuidos en comportamientos viciosos, que escandalizan y desorientan las conciencias de los soldados. El ejército, que tendría que velar por las buenas costumbres cristianas y defender la honradez, se ha convertido, en cambio, en un antro del más vergonzoso y criminal latrocinio; más aún, en una auténtica cloaca de malas costumbres. Hasta el punto de que ser soldado casi suele ser sinónimo de libidinoso, insolente, cruel y avaro, en lugar de honrado, disciplinado y magnánimo.

⁴ Poco tiempo después de concluir la guerra, su hermano Lucas descansó en la paz del Señor, que todo lo dispone con providencial bondad. Y sus hijos, aún pequeños, que se habían quedado huérfanos improvisamente, y su madre, viuda, tenían necesidad de un guía. ⁵ Jerónimo, con sensibilidad cristiana, se ofreció para hacerse cargo

de la pobre viuda y de sus sobrinos huérfanos. Y se ocupó de administrar el patrimonio familiar y el negocio de tejidos de lana. Durante varios años, hasta que los sobrinos alcanzaron la mayoría de edad, se ocupó de todo sin ningún beneficio personal a cambio, tan sólo por pura y auténtica caridad.

III - Conversión y vida ascética

5

¹ Cuando el benignísimo Dios, nuestro Señor –que por su infinita clemencia ama y predestina a sus hijos desde la eternidad, antes aún de la creación del mundo– quiso mover su corazón y atraerlo a sí mediante santa inspiración, apartándolo de las ocupaciones del mundo, ocurrió que la escucha frecuente de la palabra de Dios le trajo a la memoria su ingratitud y le recordó las ofensas hechas a su Señor, ² de manera que a menudo lloraba y, a los pies del Crucifijo, le suplicaba que le fuera salvador y no juez. Renegaba sinceramente de sí mismo y de su vida pasada. Frecuentaba la iglesia, escuchaba la predicación y participaba en la misa. ³ Buscaba la compañía de quienes lo podían ayudar con su consejo, ejemplo y oración. Fueron muchas las personas que el Señor puso a su lado para el bien de su alma, ⁴ entre ellas, un venerado Padre Canónigo regular veneciano, de singular cultura y bondad, cuyo nombre no voy a revelar, pues todavía vive, quien lo dirigió espiritualmente durante muchos años y lo inició en el camino de la vida eterna.

⁵ Absorto el siervo de Dios en esta santa contemplación, habiendo oído repetir varias veces este paso del evangelio: *“Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y me siga”*, atraído por la gracia de lo alto, decidió imitar con todas sus fuerzas a su amado maestro Cristo, ⁶ por lo que empezó, mediante moderados ayunos, por vencer la gula, principio de todo vicio.

Pasaba las noches velando, y jamás se acostaba sino era vencido por el sueño. Leía, rezaba, se esforzaba, se humillaba cuanto podía en vestir, hablar, conversar y, más aún, en su interior, considerándose nada y atribuyendo a la gracia del Señor cuanto de bueno había en él. Se esfor-

zaba por hablar poco, y sólo lo estrictamente necesario, sabiendo que la lengua nos ha sido dada para alabar a Dios o para edificar al prójimo o para pedir lo necesario.⁷ Guardaba sus ojos con gran diligencia, para evitar ver cosas de las que después hubiese de arrepentirse, sabiendo que está escrito: "*Aparta mis ojos para que no vean la vanidad*".

⁸ Socorría con limosnas, como mejor podía, las necesidades de los pobres; los aconsejaba, visitaba y defendía; ⁹ y era muy edificante ver que siempre estaba alegre, excepto cuando se acordaba de sus pecados.

6

¹ Decidido como estaba a extirparlos de raíz, usaba este método: primero escogía un vicio, luego se esforzaba por combatirlo mediante el ejercicio diario de la virtud contraria; y tras vencer uno, pasaba a otro. De esta manera, apoyado por la gracia de Dios, que cada día le infundía mayor fervor, pronto consiguió extirpar de su ánimo todo resto de pecado, y estuvo preparado para recibir la semilla de la gracia divina. ² A menudo me repetía estas palabras: *Hermano, si quieres purgar tu alma del pecado para transformarla en morada del Señor, empieza agarrando un pecado por los pelos, hasta tenerlo bien domado; luego pasa a otro, y pronto estarás sano.*

³ Interiormente, había tomado la firme decisión de sufrir cualquier contrariedad por amor de su Señor.

⁴ Por eso –como me fue referido por el magnífico señor Pablo Giustiniani, que estaba presente–, un día que fue grave e injustamente insultado por un bellaco, que lo amenazaba con arrancarle pelo a pelo su larga barba, él no le respondió más que esto: "*Si Dios así lo quiere, jade-lante!: aquí me tienes*". ⁵ Quien aquello escuchó, comentó que si Jerónimo Miani hubiera sido el que era, no sólo

no se lo habría tolerado, sino que lo habría despedazado con sus propios dientes.

⁶ Había renunciado a participar en las reuniones del Consejo Mayor, y todo el ardor que antes dedicaba a los asuntos de la República lo ponía ahora en el cuidado de su alma y en el deseo de la patria celestial. Conversaba con poca gente, ⁷ evitaba cuanto podía estar ocioso, y nada lo mortificaba más que dejar pasar una hora sin haber hecho una obra buena.

⁸ El siervo de Dios, que había volcado todo su esfuerzo en esta santa custodia y en enmendar su cuerpo y sus costumbres, logró alcanzar un gran dominio de sí; y he aquí que la bondad divina dispuso para él, nuevo soldado de Cristo Jesús, una dulce ocasión de poder imitar a su Capitán, y de ganarse el cielo.

IV - Carestía de 1528, obras de misericordia, enfermedad de Jerónimo, escuela de San Rocco y hospital de incurables

7

¹ Queriendo Dios sacudir los ánimos de los italianos, inmersos en un profundo sueño de abominables vicios, por justa decisión suya, o mejor, por su amor misericordioso, estalló en 1528, como todo el mundo sabe y aún recuerda con lágrimas en los ojos, una terrible carestía; ² y en toda Italia y en toda Europa, en aldeas, pueblos y ciudades, se veía morir de hambre a millares de personas. Era tanta la escasez de grano (había poco y ese poco, a precios imposibles) que los pobres, hambrientos, comían perros y burros, y hierba; no verdura ni hortalizas, que no las había, debido al mal tiempo, sino hierbas salvajes, sin aceite y sin sal, pues no tenían. ¿Digo hierbas? En algunos lugares llegaron a triturar el heno viejo y hasta la paja que cubría los tejados de las casas, para comérselos.

³ Cuando se vino a saber que nuestra ciudad estaba mejor que cualquier otra parte de Italia, innumerables filas de pobres, abandonando sus casas –que más eran sepulcros de vivos–, cayeron sobre Venecia, con mujeres e hijos, empujados por esta calamidad.

⁴ Por plazas y calles se veía a estos pobres desgraciados no gritar, no, que no tenían fuerzas para ello, sino gemir calladamente la proximidad de la muerte.

⁵ Ante este espectáculo, nuestro Miani, impulsado por su ardiente caridad, se dispuso a ofrecerles toda la ayuda posible. En pocos días gastó el dinero que tenía, vendió su ropa, los tapices y todos los enseres de la casa, invirtiendo lo recaudado en esta pía y santa obra. Pues a unos los alimentaba, a otros vestía (era invierno); a algunos los recogía en su casa, a otros los animaba y exhortaba

a tener paciencia y a aceptar serenamente la muerte por amor de Dios, recordándoles que, a cambio de esa paciencia y fe, se nos prometía la vida eterna. Pasaba todo el día en este ejercicio de caridad. ⁶A menudo, dado que no bastaban las horas del día, hasta por la noche recorría la ciudad; y a los que hallaba enfermos y todavía vivos, los socorría como podía, mientras que los cadáveres que a veces hallaba tirados por la calle, los cargaba a hombros, como si de bálsamo precioso y de oro se tratase, y luego, a escondidas y de incógnito, los depositaba en cementerios o en otro lugar sagrado.

⁷ Me faltaría tiempo si quisiera contar una por una todas sus obras de misericordia cristiana, en las que empeñó todo cuanto poseía.

8

¹ Quiso entonces el Señor probarlo en su propia carne, como ya había hecho con el pacientísimo Job. Y a la horrible carestía le siguió una epidemia que decían petequial: unas manchas moradas, rojas y de otros colores, cubrían completamente el cuerpo de la gente.

² El valeroso soldado de Cristo, que no rehuía el contacto ni con los apestados ni con los cadáveres, se contagió de esa misma enfermedad.

³ Apenas se dio cuenta, se confesó, recibió el Santísimo Sacramento del altar y se encomendó al Señor, su única esperanza y refugio. Ni hablaba ni se preocupaba de sí mismo, sino que se comportaba como si la enfermedad no fuera suya; y esperaba con paciencia a que se cumpliera la voluntad de Dios, nuestro Señor. ⁴ Estando ya desahuciado por los médicos, y sin esperar nada más que la muerte, de repente, al cabo de pocos días, se recuperó; y enseguida, sin estar aún totalmente restablecido, puso manos a la obra con mayor fervor que antes, ⁵ pues había

experimentado en su propia persona, de la manera más convincente, que el Señor jamás abandona a los que se ponen a su servicio; es más, suele obrar en sus siervos cosas nuevas y admirables.

⁶ Durante muchos más días siguió ocupado en esta actividad, hasta que resolvió dejar en manos de su sobrino mayor el negocio de tejidos. Le entregó un óptimo balance de todo, ⁷ abandonó los negocios y el hábito civil (o sea, un traje largo con mangas cerradas en la muñeca y que llaman de mangas de codo), vistió un hábito de paño tosco de color bayo, quiero decir, leonado, y una pequeña capa; y calzó unos zapatos ordinarios.

9

¹ Recogió a unos cuantos muchachos de los que andaban mendigando y, en un taller cerca de San Rocco, abrió una escuela tal que ni Sócrates, con toda su sabiduría, jamás fue digno de ver. ² En ella no enseñaban su vana ciencia Platón o Aristóteles, sino que se enseñaba que, por la fe en Cristo y la imitación de su santa vida, el hombre se transforma en morada del Espíritu Santo, hijo y heredero de Dios.

³ Había contratado a varios maestros, los cuales enseñaban a hacer clavos de hierro; y él y los muchachos aprendían este oficio. Durante el trabajo cantaban salmos, rezaban día y noche, y todo lo ponían en común. ⁴ Rivalizaban entre ellos en el ejercicio de la pobreza, deseando cada uno ser el más pobre de todos. Su lecho era sólo un poco de paja y una manta muy áspera; comían pan duro con agua y fruta o legumbres. ⁵ Este santo de Dios educaba a los niños en el temor de Dios, les enseñaba a no considerar nada propio, a vivir en común y a no mendigar, sino a ganarse la vida con su trabajo. Solía decir que mendigar no es de cristianos, salvo si uno está enfermo y no pue-

de mantenerse con su propio sudor; en los demás casos, cada uno ha de vivir con el sudor de su frente, según el dicho: "Quien no trabaja que no coma".

⁶ Nadie amaba y servía a los siervos del Señor más que los amaba y servía él, fuese cual fuese su condición; sentía el máximo respeto hacia obispos y sacerdotes.

⁷ Sus cuidados no se limitaban sólo a esos muchachos: como padre universal de los pobres, distribuía, personalmente o por medio de otros, todas cuantas limosnas podía en Marzorbo, Torcello, Burano, Chioggia y en las islas llamadas las "Contrade" [*suburbios*, ndt]. Era de ánimo tan exquisito que lo que no cabía en su cabeza tampoco lo sospechaba de los demás, al contrario: tenía de todo el mundo el mayor concepto.

⁸ Vivió durante mucho tiempo de esta piadosa y santa manera.

10

¹ Luego, la dirección del hospital de Incurables lo invitó a juntar ambas escuelas bajo su dirección, haciendo de las dos una sola. Se trasladó allí gustoso, pues no deseaba en modo alguno atar su alma, creada a imagen de Dios, a ninguna obra en particular, sino seguir en todo la voluntad del Señor. Las personas virtuosas que aún hoy regentan aquella institución dan testimonio de la eficiencia de su servicio y de la vida tan edificante que llevaba, que se propagó como un perfume.

² ¡Cuántas veces he ido a visitarlo allí, como antes s San Rocco! Y él, además de entretenerse conmigo en conversaciones santas, que sólo Dios sabe el puro y cristiano amor que me profesaba, me mostraba el trabajo de sus manos, y me hablaba de los varios grupos de muchachos con sus cualidades; ³ entre ellos había cuatro que no creo que superasen los ocho años, y me explicaba: estos rezan

conmigo, son muy devotos y reciben grandes gracias del Señor; aquellos leen muy bien y escriben; esos otros trabajan; aquel es muy obediente; ese otro observa bien el silencio; y estos son los encargados, y aquel, el Padre que los confiesa. ⁴ Me mostraba su catre, tan estrecho que más parecía tumba que cama. ⁵ Me exhortaba a vivir con él, aun siendo yo indigno de la compañía de un hombre tal. A menudo me manifestaba, entre lágrimas, su deseo de la patria celestial; y si yo no hubiese sido tan insensible, sus palabras habrían podido prender en mí como llamas de amor divino y de anhelos del cielo.

V - Partida de Venecia; actividad en los territorios de Bérgamo y Milán y en el Valle de San Martín; las congregaciones de pobres.

11

¹ Llegados a este punto, tengo que defenderlo de aquellos que, por ignorancia, lo acusaron de inestable, por haber renunciado a sus compromisos en el hospital y haberse marchado a otro sitio, abandonando Venecia. ² ¿Es que desconoce esta gente los misterios ocultos de Dios, y que el mismo Cristo, a cuantos lo querían retener, les respondía: "Es necesario que yo vaya a evangelizar también a otras ciudades"? ¿Por qué, pues, nos extrañamos de que él haya dejado su Patria? ¿No es de dominio público que las piedras preciosas se cultivan en un sitio y luego se disfrutan en otro? ¿O que el incienso, el cinamomo, la casia y demás apreciados artículos ven, a menudo, otros cielos? ¿O es que el sol se queda donde nace, en vez de rotar y rotar, hasta completar su ciclo diurno?

³ Pues de la misma manera, esta piedra preciosa, esta valiosa mercadería del Señor, este luminoso sol por la ejemplaridad de su vida, no permaneció siempre en el mismo lugar, sino que, viendo que el pueblo cristiano era como un rebaño sin pastor, dejó Venecia para ir a Bérgamo. ⁴ ¡Y de cuánto fuego de amor divino y caridad hacia el prójimo, de cuánto celo por la salvación de las almas haya inflamado aquellas tierras, son testigos los obispos, prelados y otras personas pías que lo conocieron!

⁵ Sentía un inmenso horror por las herejías y sus promotores.

⁶ Solía decir que el Señor permite que el cristiano sufra escasez de bienes materiales para que aprenda a reconocer a Dios en aquellos que practican la limosna con auténtica fe.

⁷ En tierras de Bérgamo, con ayuda del obispo y de otra buena gente, reorganizó los hospitales que allí ya había, acompañado siempre por un grupo de muchachos bien formados en la vida cristiana, con los que recorría los pueblos de la comarca, invitando a los lugareños a la beata vida del santo Evangelio.

⁸ Y no sólo dejó constancia de su caridad por aquellos contornos, sino que llegó hasta los territorios de Cremona y Crema, donde llevó a cabo esas mismas obras.

12

¹ Atravesando el río Adda llegó a tierras del Milanesado; y allí ocurrió algo que no se puede callar, pues pone de manifiesto su nobleza de ánimo.

² Ya en territorio de Milán, con varios de sus muchachos, cayó él enfermo, y lo mismo algunos de los que lo acompañaban; y quiso la casualidad que encontraran un caserón abandonado y a la intemperie, donde no había más que un poco de paja. ³ Y se acomodó allí con los muchachos, sin pan ni vino ni dinero, pues aquel valiente cristiano sólo llevaba con él, para cubrir sus necesidades, una fe viva en Cristo. ⁴ A la espera, pues, de una gracia del cielo, dio en pasar por allí un amigo suyo y nuestro, quien, por inspiración divina, entró en el lugar donde yacía, devorado por la fiebre, este santo varón; y, en cuanto lo reconoció, le propuso: "Señor Jerónimo, si gustáis os mandaré llevar, sólo a vos, a una propiedad mía cercana, donde seréis bien atendido".

⁵ A eso contestó él, con gran nobleza de ánimo: "Os agradezco mucho, hermano, vuestra caridad; e iré muy gustoso, siempre que conmigo acojáis a estos mis hermanos, con los cuales quiero vivir y morir". ⁶ La respuesta debió parecer al amigo demasiado gravosa, pues se despidió y se fue. Una vez en Milán, refirió lo acaecido al Du-

que Alfonso [Francisco] Sforza (de cuya alma tenga Dios misericordia), y éste, habiéndose informado de las virtudes del siervo de Dios, le mandó lo necesario, ordenando que lo trasladaran a Milán y que lo alojaran en un hospital, donde Jerónimo y su compañía se alojaban más a gusto que en cualquier otro lugar.

13

¹ Su caridad no se limitó a esa ciudad, sino que, tras haber dotado a aquel hospital de una buena y cristiana organización, por voluntad del Espíritu Santo se adentró en tierras de Crema y allí, en breve tiempo, consiguió atraer a muchas personas de bien, tanto sacerdotes como laicos.

² Todos ellos se reunieron en Bérgamo, en el Valle de San Martín, formando algunas cofradías de pobres desamparados, a los cuales, primero, curaban, vestían e instruían en la doctrina cristiana, y luego se ganaban la vida con su propio trabajo.

³ ¡Era un espectáculo muy edificante, en una época como la nuestra, corrompida por tantos vicios, ver cómo un noble veneciano, vestido de aquella manera tan rústica, iba por la campiña, cavando y segando la mies y realizando ese tipo de trabajos, seguido por todos aquellos pordioseros (a los que mejor habría que llamar cristianos reformados, gentileshombres nobilísimos según el Evangelio), cantando siempre salmos e himnos al Señor, mientras instruían a los pobres campesinos en las buenas costumbres cristianas, y comían pan de sorgo y otros alimentos silvestres! ⁴ Porque yo creo que de quien hay que tener compasión es de esos potentados que, ociosos y orondos, viven en espléndidos palacios y dorados salones, entre juegos y fiestas, sin pensar para nada en la bienaventurada vida futura, feliz e inmortal, colmada de

toda delicia, los cuales, de repente, despojados de lujos y riquezas, son llevados a la sepultura solos, infelices y sin nada!

⁵ Este hombre de Dios había conseguido reunir en las comarcas de Bérgamo, Crema y Como, en estas santas congregaciones, a más de trescientas almas, que, de la mano de su siempre amiga la pobreza, se esforzaban por vivir las santas y cristianas prácticas. ⁶ Todas ellas estaban bajo la guía de buenos sacerdotes y laicos, cuyos nombres no quiero revelar, para que la gloria sea toda del Señor: de todos ellos tiene conocimiento el Espíritu Santo, y sus nombres están escritos en el libro de la Vida.

VI – Regreso a Venecia, sus mejores amigos, peste en el territorio de Bérgamo y muerte de Jerónimo

14

¹ Durante mucho tiempo vivió Jerónimo en tal estado de perfección. Regresó a Venecia para ocuparse de algunas obras pías, y se quedó allí poco más de un año. Vestía, como ya entonces era habitual en él, a la manera de un campesino. ² Causaba gran admiración, en la gente de mirada limpia, ver a un hombre así, vestido como un pordiosero y, sin embargo, de espíritu sublime, adornado de modales tan castos, modestos, comedidos y prudentes; hasta el punto que les parecía que sus selectos oídos estuviesen oyendo una misteriosa sinfonía de virtudes.

³ Había una cosa que, especialmente a mí, me parecía divina: sentía una inmensa compasión por los pecadores y jamás pensaba mal de nadie.

⁴ Visitó a sus amigos; él y yo nos vimos con frecuencia, y fue tanta la consolación y esperanza cristiana que me transmitió con sus santos recuerdos, que aún ahora resuenan en mi mente.

⁵ Luego se despidió de nosotros, y no nos volveríamos a ver ya más en esta vida; aunque, y así lo espero por la misericordia de Dios, para siempre, en la otra.

⁶ Entre sus amigos más allegados se cuentan el reverendo arzobispo de Chieti, ahora cardenal, dos de los Lippomano: uno, prior del convento de la Trinidad, y el otro, obispo de Bérgamo; el obispo de Verona, y muchos otros de menor relieve. ⁷ Pero amaba más que a nadie a sus queridos pobres, por ser ellos quienes mejor le representaban a Cristo.

¹ Creo que había cumplido ya cincuenta y seis años, doce de los cuales los había dedicado a una vida austera y cristiana, cuando nuestro benignísimo Dios, que paga con los bienes eternos nuestras pequeñas fatigas, quiso llamarlo a la patria celestial. Por voluntad divina, la comarca de Bérgamo se vio asolada por una enfermedad epidémica que, por ser casi desconocida de los médicos, llevaba a la muerte en catorce días o pocos más.

² Vivía por entonces el Santo en el Valle de San Martín, junto con muchos de los suyos; de vez en cuando se alejaba de ellos, y se retiraba, solo, en una gruta, para dedicarse a la contemplación.

³ Y sucedió que, por aquellos días, enfermó uno de los suyos, y en muy poco tiempo se vio en las últimas; y estando ya en punto de muerte, era velado por varias personas, como suele hacerse en estos casos, entre ellas, el propio señor Jerónimo. ⁴ Y hete aquí que, después de mucho tiempo sin hablar ni dar señales de vida, de repente, como si despertase de un profundo sueño, se incorporó de la mejor manera que pudo y dijo: "¡Oh lo que he visto!" Y como todos le preguntaban qué había visto, respondió: "He visto un trono maravilloso, rodeado de una gran luz; y en el trono, un muchacho con un cartel en la mano, que ponía: este es el trono de Jerónimo Miani". Al oír aquello, todos se sorprendieron, y el propio señor Jerónimo más que ninguno.

⁵ Como consecuencia de aquello, quiso él irse a otro lugar; y dado que sus compañeros se lo querían impedir, les respondía: "Dejadme, pues dentro de poco ni vosotros ni nadie me verá". Y por más que esto infundiese una cierta sospecha en cuantos lo oían, sin embargo, ninguno

quería creer que el Señor fuera a privarles de su padre y pastor.

⁶ Pero nuestro benignísimo Dios, para recompensar, por una parte, sus trabajos y, por otra, para que no pongamos nuestra confianza en ninguna persona, por muy santa que ésa sea, consintió que también él, el domingo que la gente llama de carnaval y que para la Iglesia es el de quincuagésima, contrajese esa misma enfermedad pestilencial. Y gravemente aquejado, en cuatro días entregó su alma a su Hacedor, con tanta fortaleza que –según cuentan quienes estaban presentes– jamás mostró el más mínimo signo de temor, al contrario, decía que había hecho sus pactos con Cristo, tal como se lee en Jeremías, c. 31, y en Ezequiel, c. 26.

⁸ Los exhortaba a todos a seguir la senda del Crucificado, a despreciar el mundo, a amarse unos a otros y a cuidar de los pobres, garantizándoles que quienes hacen estas obras jamás serán abandonados por Dios.

⁹ Con estas exhortaciones y otras parecidas, dejó esta vida mortal y se fue a gozar de la eterna: ¹⁰ quiera Dios, en su bondad, concedérmola a nosotros también. Amén.

¹¹ Aquí termina la vida del ilustrísimo señor Jerónimo Miani, escrita en Venecia, bajo el feliz ducado del sapientísimo y valerosísimo Andrea Gritti, príncipe serenísimo de Venecia, en 1536.



Orden de Clérigos Regurales de Somasca

Oficina de prensa – Madrid, 2014